



## Juan José de Ángel y Santos, el “Anticuario”

TEXTO Y FOTOGRAFÍAS: José Luis Pérez Pastor

**Juan José de Ángel y Santos tiene 84 años. Nació en Haro allá por el 24. La vida le hizo ebanista de profesión. La casualidad y el trato con las personas lo hicieron anticuario. Conversar con él es un placer para todos quienes frecuentan su bodega. Allí se siente seguro y locuaz, rodeado de recuerdos, herramientas, y algunas de las piezas que han salido de sus manos.**

### **Se ha dedicado a la ebanistería muchísimos años. ¿Cómo empezó en el oficio?**

Empecé de ebanista con los hermanos Manuel y Alfredo Gordóbil, los más artistas que he conocido en mi vida, tallistas, ebanistas y de todo. Sabían hacer todo, la policromía... lo que les pidieras. Eran de Haro, pero estaban en Barcelona. Allí me fui con ellos en el año 41 para aprender el oficio. Estuve allí hasta que en el 45 me fui de soldado. Cuando me licencié en el 47 ya no volví a Cataluña. Regresé a Logroño y me metí en con José Martínez Agüero y Pelayo Bacaicoa en un taller en el número 38 de la calle República Argentina. El dueño era un señor que simplemente ponía el dinero. Garrido nos hacía los dibujos y los diseños de los muebles. Luego Pepe y

Pelayo se establecieron por su cuenta y me cogieron a mí de obrero. Yo era ebanista, pero

lo que hacía entonces es barnizar, y estuve barnizando con ellos más de diez años hasta que monté mi propio taller de restauraciones y antigüedades. Allí seguía barnizando para Pepe y luego también hacía reproducciones de muebles antiguos, aparte de hacer labores de anticuario. En ese taller estuve establecido desde el año 60. Estaba en la Calle Mayor número 81 (luego le cambiaron el número y fue el 8). Allí estuve hasta principios de los noventa, cuando me jubilé y le traspasé el negocio al chico que ahora lo lleva, el de Restauraciones Peyo.

### **-¿Y antes de todo eso? ¿Qué recuerda de su infancia?**

-Yo fui tres meses a la escuela, pero como vino la guerra y mataron a un tío mío, cogimos miedo y me vine con mi padre para Logroño. Y allí estuvimos en el monte con un corneta que es a quien debo yo el oficio, porque me metió de aprendiz a una ebanistería, y eso me marcó la vida. Luego bajaron los Gordóbil a Logroño y ya me fui con ellos a Barcelona como te he dicho.

### **-Tuvo que ser toda una experiencia.**

-En Barcelona la vida fue dura. Era la posguerra. Aparte de aprendiz me tuve que dedicar al estraperlo. ¡Imagínate! Ganaba 12 pesetas





de sueldo y pagaba 14 de patrona. Esas dos pesetas había que sacarlas de donde fuera. Compraba colillas de tabaco, las cocía y las vendía en paquetitos en el rastro, en el barrio chino. También comprábamos y vendíamos relojes Cima y Longines. ¡Qué historias!

de mano (que se llamaba “sierra de san José”), luego está el tronizador, para cortar los troncos, los herrotes, la chaira de afilar las cuchillas, las gubias, los formones, el copiador para cortar la marquetería...



**-¿Cómo era el trabajo de ebanista?**

-Yo lo que más hacía en Barcelona era sillero. Hacía las sillas más rápido que nadie. Ya en Logroño, Pepe me tallaba ya las piezas y yo las ensamblaba. El punto de partida era tallar la madera, escofina, ensamblar, encolar y barnizar. A mí me enseñaron a barnizar a goma-laca, que no todo el mundo sabía, y por eso me puse a barnizar, para no tener que mandarlas a otro lado. Así lo hacíamos todo nosotros.

**-¿Cuáles eran las herramientas que manejaba?**

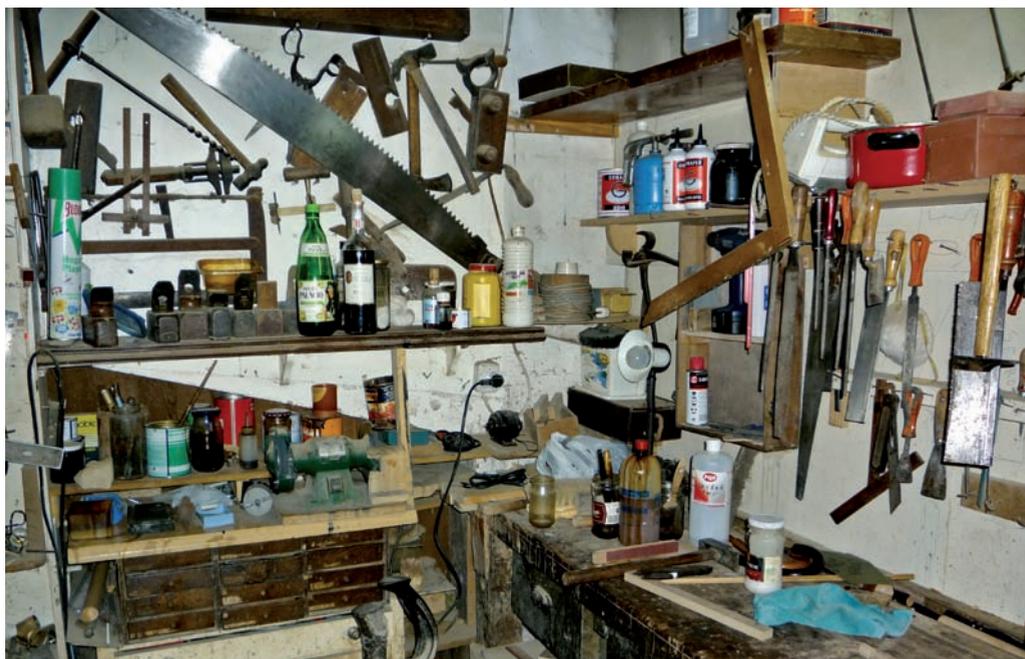
Había muchas: el cepillo (que los había de muchas clases) la garlopa, el garlopín, la sierra

**-¿Y qué piezas eran las más demandadas?, ¿Cuáles eran los muebles que más pedía la gente?**

-Pues... en aquellos tiempos un dormitorio Luis XV, o Luis XIV, o Isabelino bueno, con vuelta y esas cosas, o sillas barrocas, o sillas inglesas –de “chippendales”–, hacíamos la pata jacobina, que es el estilo más bonito inglés... Ahora, de todo esto lo que te digo hay que distinguir épocas de estilos, que son cosas distintas.

**-Tu taller era un local muy concurrido. Sacarlo adelante seguro que supuso un gran esfuerzo.**

No se podía encontrar un local barato en ningún sitio. Unos mecánicos me lo traspasaron por 3.000 pesetas y luego tuve que hacer una limpieza fuerte. Tuve que echar suelo nuevo y todo. Allí empecé sólo con un banco, y no fue



hasta al cabo de unos siete u ocho años que junté un duro para comprar una maquina, luego una sierrita... Y así andábamos todos. Como cuando estuve con Pepe: hasta que pudimos comprar una “Universal” a pagar a 500 pesetas todos los meses... Era una cepilladora y también regresadora. Costaban una fortuna, porque no había. Eran unos años muy difíciles. La trajimos de Armentia y Corres, de Vitoria. Luego Pepe trajo una sierra y un tupí.

---

La Calle Mayor era una de las mejores calles de Logroño. Gente extraordinaria. Había por lo menos veinte bares de chiquiteo, algún artesano, como un taller de rejilla, un botero...

---

**-¿Cómo era la vida que pasaba por delante de aquel taller?**

Era una vida buena. La Calle Mayor era una de las mejores calles de Logroño. Gente extraordinaria. Había por lo menos veinte bares

de chiquiteo, algún artesano, como un taller de rejilla, un botero...

**-Y lo de anticuario, ¿de dónde viene?**

Pues de que cuando me puse por mí cuenta allí, en la Calle Mayor, dos cuñadas de don Agapito del Valle —que fue presidente de la Diputación— me dejaron unos muebles antiguos que tenían de una herencia para ver si se los podía vender. Y se los vendí. Y por eso la gente creyó que yo era anticuario y me dejaban muebles o venían a por ellos. Yo abría a las ocho de la mañana e iba viniendo la gente, preguntaban y yo les decía: “pues tengo esto es antiguo”, o bien “tengo esto reproducido”. También me llamaban para tasar en las casas. Yo les decía: “esto vale tanto”, o “tú puedes pedir de aquí para arriba”. Y me pagaban un porcentaje, o una caja de vino, o así. Y al final hacía más de anticuario que de ebanista. Pero yo no era anticuario, porque yo no vendía cosas mías, sino que hacía de intermediario, y me pedían cosas de todos los lados. Lo que pasa es que la gente me tenía por anticuario y así me conocían.





**-Habrá sido testigo del abandono de muchas obras de arte.**

-¡De todas! Y lo que ha pasado con muchas iglesias de los pueblos. En la posguerra, con la miseria, hubo mucha desidia con ello. Una vez salió un artículo en La Rioja de un belga que se había llevado un montón de piezas. No sé si las habrá devuelto. A mí me venían a veces mandrines con piezas extraordinarias y me decían “¿me lo compra?” Y me lo querían vender por 4.000 pesetas. Y yo les decía: “mira, esto es falso, porque si esto es auténtico vale mucho más, ¿dónde los has robado?” Y se lo llevaban y lo vendían por otro lado a veinte veces más. Todo esto era en la época de Franco. Luego ya en democracia esto se cortó muchísimo. Teníamos que llevar un libro de policía con registro de las piezas que entraban y salían, los clientes, etc. Yo nunca he valido para comprar nada robado, porque no me lo

permitía mi corazón, pero he visto muchas cosas robadas.

**-Seguro que de todo eso guarda alguna anécdota curiosa.**

-¡Muchas! Me acuerdo del pobre don Victoriano, que era cura. Le gustaban las llaves grandes, viejas, y yo le regalaba muchas. Y había quien se las quitaba. Y una vez vinieron a mí a venderme dos llaves y vi que eran unas de las que le había regalado. Así que las compré y se las volví a dar. Y le dije: “mira, aquí tienes tus llaves, ten cuidado con quien llevas a tu casa”. ¡Y a su casa iba gente muy conocida de Logroño!

